

## LA FILOSOFIA DE SAN AGUSTIN

**S**AN Agustín convirtió en realidad a lo divino el verso del poeta mundano antes de que el poeta le cantara:

*A tí sólo se llega  
por tí. Te espero.*

Y esperó, como son siempre las verdaderas esperas de amor: amando. Fué el de Agustín un corazón en preocupaciones de amor. Mientras fué su alma la que se satisfacía de sí misma, San Agustín fué un desterrado del amor. Mientras fué su alma la que desfallecía en sí misma, San Agustín fué un peregrino del amor. Mientras el desterrado del amor gime, el peregrino del amor reza. La nostalgia de amor es vanidad de amores; el anhelo de amor es presencia de Amor.

Para no errar en la lectura de San Agustín hay que considerar que el Santo anda siempre en caminos de oración. Fué la suya una plegaria. Los pecados le llegaron al alma, y el alma sangró con ellos, como con una herida. Y es que en San Agustín todo fué verdadero, todo fué transparente. Esta transparencia realizó el milagro de la presencia de Dios en él. Hasta que se pecató de que no era él el que esperaba la gracia, sino la gracia la que le esperaba a él. Al encontrarse consigo mismo se encontró con Dios. Y como este encuentro no tuvo impresiones de belleza sensorial, sino verdad de espíritu, no pudo ya jamás olvidar el encuentro. San Agustín aprendió de una vez para siempre que el huir de la ver-



dad es huir de sí mismo, sin que la verdad se ausente nunca del alma. Y una verdad presente en la ausencia sólo puede ser Dios. Algo así --para entendernos-- como el amor de la madre, como la verdad del amor.

San Agustín ha sido el hombre más fiel en la historia de la cultura a la etimología del vocablo: filosofía. Sabía que a la sabiduría sólo se llega por la senda del amor; y que al amor sólo se le sirve dedicándole a la sabiduría. Pero la sabiduría sólo en el centro del alma tiene su morada. Donde ni el aire la roce, ni la luz la vista, ni el tacto la manille, ni el ruido la turbe. La sabiduría es sabiduría del alma; y la sabiduría del alma es presenciar la verdad de Dios en ella. Entre todas las actividades que el alma ejercita, el alma sólo es alma mientras está en Dios, en el despliegue de sí misma.

San Agustín, contrariamente a lo que se viene escribiendo, no desprecia los bienes exteriores. Ni les desprecia ni les deprecia. Tiene abiertos todos los poros de su cuerpo a las realidades del mundo, porque sólo así su cuerpo es digno del alma. A nada teme, aunque de todo recela. Y es que San Agustín está en celo de amor siempre. Le asusta que las imágenes escondan o enturbien la verdad de la realidad en ellas reflejada. Y sabe que nadie puede sentirse curado de espanto. Lo que no hace San Agustín es detenerse en los bienes exteriores ni un momento, cuando ya ha descubierto el santuario de Dios. San Agustín ha visitado los bienes terrenos, como San Juan de la Cruz, preguntando si por ellos ha pasado su Dios. Pero las cosas sólo responden la verdad a quienes se visten con el vestido del Esposo.

San Agustín pregunta en tono de oración, en liturgia de rezo. Yo pregunté a la tierra—nos dice— y me contestó: Yo no soy tu Dios. Pregunté a los abismos, a los mares, a los seres vivientes, y me contestaron que preguntase a seres más elevados, pues ellos no eran mi Dios. Interrogué a los vientos y a sus voces, y el aire con su vuelo me respondió: Anaximenes se engaña, nosotros no somos tu Dios. La misma respuesta oí de los cielos, de las estrellas, de la luna. Entonces me decidí a preguntar a todos los objetos que me rodeaban que si no eran ellos mi Dios me dijeran quién podía serlo. Y todos me gritaron en unidad potente de clamor: Tu Dios es aquel que nos ha hecho. Y entonces comprendí que era la belleza de todas estas cosas la que respondía acerca de mi Dios.

Renunciár a la belleza de las creaturas es la mejor plegaria dirigida



a Dios. Pero esta renuncia no es análisis minucioso de las cosas, no es entretenimiento científico, no es tampoco apego. Es ascensión intelectual. Si no son Dios hay que andar entre ellas a toda prisa—con presura, dijo el poeta—para que el aire de su gracia no enturbie la mirada o apague la voz de la pregunta.

La ascensión de San Agustín por la escala de las cosas es una ruptura violenta, de amor. Y con el nombre de cosas San Agustín entiende todo lo que no es su Dios. Porque no sólo las cosas que apenas si se acercan a nosotros son las que nos hacen guiños, sino muy principalmente aquellas que tienen su almohada en los latidos de nuestro corazón. Para entrar en nosotros mismos todas las cosas pueden servirnos; para permanecer en nosotros cualquier afecto puede perturbarnos.

San Agustín es un creador de ambiente, un formador de climas, un educador de espíritus. En este sentido podemos escribir que San Agustín es todo lo contrario de un pensador al estilo clásico o pagano. San Agustín es una incesante renuncia a sus pensamientos para que su Dios se encuentre espiritualmente—como es siempre la presencia de Dios—en el alma. Precisamente a lo que San Agustín renuncia—y no son ganas de retruécano—es a detenerse ni por segundo en las cosas que le anuncian a su Dios. Aunque estos nuncios sean tan dignos y veraces como los pensamientos o la voluntad.

Hay quienes creen que tener a Dios en el pensamiento es ya adorarle. San Agustín sabe que también los demonios tienen a Dios en el pensamiento y en la creencia. Pero si el pensamiento no es entrega de amor no es pensamiento humano de Dios, ni es presencia en Dios, sino vanidad y soberbia. En la abnegación entra también la transformación de nuestros pensamientos sobre Dios en plegaria de amor. No basta la vida de renuncia en la actividad del vivir, sino que es necesaria la renuncia al propio pensamiento cuando se alcanza la cima conseguida con ellos. Usar de la escala como descanso es adormecernos en el mayor de los peligros.

San Agustín tiene siempre el corazón entre las manos; en él se mira, al corazón habla, en él se esconde, al corazón acude. Pero el corazón no es para San Agustín una víscera, ni la facultad afectiva por excelencia. Para San Agustín el corazón es—suplico indulgencia para la expresión—las entrañas del alma. El proceso agustiniano es originalísimo y merece que lo señalemos, porque sólo deteniéndonos en su discurrir entendemos algo a derechas. Como el alma es una sustancia que anda siempre



en operaciones espirituales, hay que encontrar aquella que consienta la presencia de Dios. Y no puede ser otra que la que nos traiga la verdad. La verdad no es un alto en el camino, es la fuente y la cima. Por ello, verdad y amor se abrazan, como se abrazan la justicia y la paz, el ángel y el vuelo. La verdad de Dios sólo se aprecia como verdad en la verdad del amor. Y la verdad del amor es el corazón el que la atesora. Verdad hay, o puede haber, en cualquier manifestación humana, en todas las esquinas del alma, pero el sabor de la verdad sólo se gusta en las interioridades del corazón.

San Agustín quiere que la verdad de Dios encuentre descanso en su corazón. Sólo así su corazón sería irrequietud sin treguas. El alma siempre es distinta de sí misma, pero el Dios del alma es siempre el mismo. Y en cada paso del alma por sus galerías de afectos se corre el peligro de que Dios se nos esconda. Mientras el alma ejercita las operaciones que le son propias hay que cuidar la presencia de Dios, más que los propios pasos del alma. Que lo que Dios sea en nosotros y en sí mismo llegue hasta distraernos de lo que nos diga, en retorno sagrado de unos versos humanos.

Llega San Agustín a tal extremo de verdad que no teme afirmar su alteración cuando teme que Dios no está con él. Dios llena los cielos y la tierra, y de Dios la tierra y los cielos están llenos, sólo el corazón del hombre tiene vacíos de Dios. Cuando el vacío se llena de Dios, o mejor, con Dios, es cuando se descubre que Dios es más interior al alma que el alma misma, más interior al ser que somos, que lo que somos. Sin que esta intimidad acorte la distancia infinita que distingue a Dios del alma. Más diré, esta interioridad, es la que delata con mayores claridades la trascendencia de Dios.

Dios está en San Agustín—en la mente y en el corazón del Santo—sobre él. Pero el altar no son las piedras de edificación terrena, sino la armonía y la arquitectura viviente de su corazón. Cuando el alma se desvive por lo que no es Dios, el hombre pierde su vida en presencia de la Vida. Esta irreprimible presencia de Dios es lo que presta fulgor de perennidad a este ser miserable que es el hombre. La grandeza del hombre se explica porque sin perder nada de lo que es puede albergar a Dios en su corazón. Y la maravilla del hombre está en que siendo lo que es, es capaz de tener siempre a Dios consigo. El hombre no tiene que salir de sí mismo para encontrar a Dios, sino que es en el centro de sí mismo, como hombre, en el que Dios habla.



Se ha escrito que Dios es, para San Agustín, el coronamiento de su pensamiento filosófico. La frase se presta a equívocos. Dios mejor que la cúpula es la base de su pensamiento. Pero no una base arracional o prerracional, sino la piedra espiritual e intelectual que sostiene su discurrir filosófico. En esto San Agustín no se conforma con Platón. La verdad, en San Agustín, se encuentra realizada en Dios, no precisamente en las ideas. Si se entiende correctamente lo que vamos a escribir, tal vez en escritura torpe, diremos que San Agustín es el realista más extremado de la historia del pensamiento, ya que la verdad es Dios. Y nada ni nadie tan real como Dios. Y con el mismo título podemos decir que es el mayor idealista de la historia de la cultura humana, ya que ninguna realidad tan ideal como Dios.

Ir a la verdad desde la verdad—aspiración suprema de San Agustín—es ir a Dios desde Dios. Perseverar en la verdad—eso que no supieron mantener los ángeles rebeldes—es perseverar en Dios. Podemos, pues, decir, que San Agustín, su itinerario espiritual e intelectual, consiste sencillamente en mostrar a Dios como verdad, camino y vida. En ciertas filosofías modernas—Cayré lo ha observado a otros respectos—Dios se desvanece cuando se afirma su existencia. Se busca a Dios, por decirlo así, para que sostenga su teatro. San Agustín busca a Dios para que su templo sea lugar de oración. No es que San Agustín deforme la actividad específica del alma para llegar a Dios, es que ve a Dios en ella. Siempre Dios, sobre todo lo que no es El. Nunca Dios, para ver en El lo que no sea El. Y los filósofos se percatan fácilmente de la diferencia de las dos fórmulas.

San Agustín no deriva del ser, ni del vivir la exigencia de Dios, sino de la inteligencia. Porque cabe pensar en una Inteligencia que sea, por Inteligencia, ser y vida. La inteligencia del hombre no desarrolla en inmenso despliegue la idea de Dios, sino que reconoce a Dios como creador del mundo del espíritu. El espíritu vive su vida propia bajo la mirada creadora y conservadora de Dios, pero es impotente, con impotencia radical, de crear a Dios.

La filosofía de San Agustín es la filosofía de la amorosa posesión de Dios. Una posesión con entendimiento de amor, que dijera Dante. A esta posesión no se llega por un dinamismo humano, sino por una actividad a la que Dios asiste como creador. Por eso, el camino se eleva a vida. San Agustín vive la verdad, mientras la busca. La vive, porque se ha percatado de que el hombre ha sido creado para este fin, y sólo reali-



zando el plan divino somos verdaderamente lo que somos. Y si el hombre es capaz de aspirar a la sabiduría es porque fué la Sabiduría la que le creó, y si vive vida de amor es porque fué el Amor el que le formó. El hombre es, para San Agustín, la imagen y semejanza de Dios. Cuando desconocemos esta verdad nos perdemos para Dios; pero nos estamos perdiendo también para nosotros mismos y para los demás, por grande que sea el reconocimiento que los demás nos tributen.

